

CAPÍTULO VI

De la conversación de algunos señores sobre los comediantes de la compañía
del teatro del Príncipe

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de don Alejo Seguíer, en que decía que le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos allí al marqués de Zenete y á otro caballero de buena traza, á quien yo nunca había visto.

— Don Matías, dijo Seguíer á mi amo presentándole el caballero, este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede más que este día para gozar de su compañía y conversación. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle más grato y divertido, necesito de ti y del marqués de Zenete.

Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decía don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguíer, y después de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada *La reina de Cartago*.

Acabada la representación, volvieron juntos á cenar donde habían comido, y toda la conversación se la llevó la tragedia que acababan de oír y los actores que la representaron.

— En cuanto al drama, dijo don Matías, hago poco aprecio de él, porque

hallo á Eneas más frío é insulso que en la *Encida*; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el Sr. D. Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir.

— Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á ustedes tan pagados de sus actores y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones.

— Bien dicho, interrumpió burlándose don Alejo, porque aquí sería mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar á las actrices á presencia de los paigniristas de su reputación. Nosotros vivimos y bebemos todos los días con ellas; somos defensores del primor con que representan, y si fuere menester daremos testimonio de ello.

— No lo dudo, interrumpió el pariente, y también pudieran ustedes darlo de su vida y costumbres, según la familiaridad con que me parece las tratan.

— Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa, dijo entonces zumbándose el marqués de Zenete.

— Sí, ciertamente, respondió don Pompeyo; valen algo más que las de Madrid; por lo menos hay algunas en quienes no se nota el más mínimo defecto.

— Esas tales, replicó el marqués, pueden contar con vuestras certificaciones.

— Yo, repuso don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellas, ni concurro á sus reuniones, y así puedo juzgar de su mérito sin preocupación ni parcialidad. Pero de buena fe, prosiguió, ¿estáis verdaderamente persuadidos de que en vuestro teatro tenéis una compañía excelente?

— No, pardiez, respondió el marqués; yo solamente defiende un número muy corto de los actores y echo á un lado á todos los demás. Pero ¿me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la majestad y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? Y ¿no habéis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba ó que se exhala cuando llega á lo más delicado y patético de la declamación.

— Convento, respondió don Pompeyo, en que sabe conmovér y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo, si quiere expresar un afecto de admiración ó sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo

tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la majestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto que, con engrosar la voz, que tiene naturalmente suave y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso, en más de un lugar de la tragedia hacía ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendía bien aquello mismo que decía. Sin embargo, quiero más bien suponer que estaba distraída que acusarla de falta de inteligencia.

— A lo que veo, dijo don Matías al censor, ¿vos no os atreveríais á componer versos en alabanza de nuestras cómicas?

— No digáis eso, respondió don Pompeyo; antes bien descubro en ellas un gran talento al través de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el entremés. ¡Qué naturalidad la suya! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algún chiste, le sazona con cierta risita taimada, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársele de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza y que pasa los límites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo sólo quisiera que se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces en medio de una escena y en pasaje serio interrumpe de improviso la acción por dejarse llevar de una loca gana de reír que le da. Diráseme acaso que entonces es precisamente cuando más la aplauden los del patio. ¡Grande aprobación por cierto!

— Y ¿qué nos dice usted de los comediantes?, interrumpió el marqués: sin duda que contra éstos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas.

— No es así, respondió don Pompeyo; vi algunos actores jóvenes que prometen mucho; sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal.

— Si esos le contentaron á usted tanto, dijo Seguíer, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á usted un gran comediante, un actor original?

— Y aun demasiado original, respondió el censor, porque tiene tonos que son privativos suyos; por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace también grande esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtiíme mucho,

con especialidad en aquel pasaje en que explica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil expresar un dolor más cómicamente.

— Poco á poco, primo, replicó don Alejo; al paso que vas, nos harás creer que aún no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal. ¿Sabes que el actor de quien se trata es hombre singular? ¿No oíste las palmadas y los vivos con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas.

— Nada prueban, replicó don Pompeyo, esas palmadas ni esos vivos. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razón, y por lo común aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la cuente. Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse y comenzó á remedar el gruñido de un cochinito con tanta propiedad, que todos creyeron verdaderamente que tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hízolo así, y viendo que no tenía cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiración, gritó pidiendo silencio y dijo: «Señores, sin razón se admiran ustedes de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel de marranito con tanta perfección como á ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él; y si alguno lo duda, no tiene más que concurrir á este sitio mañana á la misma hora.» El pueblo, preocupado ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, más para silbar al campesino, que por divertirse en ver lo que había prometido. Dejéronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón, y fué más aplaudido que lo había sido nunca. Siguióse después el labrador: agachóse, cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo y atolondró al campesino con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño; antes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio: «Señores, dijo con mucha socarro-

nería, ustedes no me han silbado á mí, sino al marrano. ¡Miren ahora qué buenos jueces son!»

— Primo, dijo don Alejo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque éste ya me empalaga. ¿Conque tú estás resuelto á marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendría yo en disfrutar por más tiempo de tu amable compañía?

— También quisiera yo, respondió su pariente, gozar más despacio de la tuya; pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte por cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver á verle y un momento después me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa.

— Cátate un portugués hecho y derecho, replicó Seguíer; y según todas las señas, nunca vendrás á establecerte en Madrid.

— Creo que no, dijo don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal y estoy bien hallado en su corte; pero ¿creerás tú que, no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios?

— ¿Cómo así?, le replicó don Alejo. Cuéntanoslo por tu vida.

— Con mucho gusto, respondió don Pompeyo; y al mismo tiempo os contaré también la historia de mis sucesos.

CAPITULO VII

Historia de don Pompeyo de Castro

«Ya sabe don Alejo, prosiguió don Pompeyo, que desde mis más tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos de una paz octaviana, tomé el partido de ir á Portugal. De allí pasé al Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundón de los menos ricos de España, lo que me puso en precisión de distinguirme con hazañas que mereciesen la atención del general. Hice mi deber, de modo que el duque me adelantó y me puso en paraje de continuar en el servicio con honor. Después de una larga guerra, cuyo fin no ignoran ustedes, me dediqué á seguir á la corte, y S. M., por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pensión considerable. Agradecido á la generosidad del monarca, no perdí ocasión de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me granjeé insensiblemente su estimación y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

»Un día que me distinguí en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió á ella, toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza; y cuando volví á casa colmado de aclamaciones, me encontré con un billete en que se me decía que cierta dama, cuya conquista me debía lisonjear más que toda la gloria granjeada en aquel día, deseaba hablarme, y que para esto, á la entrada de la noche, concurríese á cierto sitio que se me señalaba. Dióme más gusto este papel que todas las alabanzas que había recibido, no dudando fuese una dama de la primera distinción la que me escribía. Fácilmente creerán